



A LOLA.

Jamás la vil y mundanal miseria
dentro mi corazón tuvo la palma,
¿el estúpido amor de la materia
qué puede ser sin el amor del alma?

Nunca del infortunio en el exceso
para curar mi pecho lacerado,
busqué en el mundo el asqueroso beso
que se compra con oro en un mercado.

Las tempestades que mi cráneo encierra
son más rudas aún que las que abaten
los pinares más altos de la sierra
y con las olas de la mar combaten.

He buscado en tu amor el muro fuerte
que de mi sino el huracán resista.
¿Amor, inmenso amor, habré de verte
arrebatao como vil arista?

En mi existencia que el martirio alarga
reclinar he querido mi cabeza
sobre tu seno, en confidencia amarga
y bañarlo con llanto de tristeza.

¿Más porque tengo de consuelos hambre
y hambre de amores, pensarás acaso
en confundirme con el vil enjambre
de adoradores que te cierra el paso?

No trates de abatir el sentimiento
que dobla ante tus gracias la rodilla;
mi amor es grande y como el mar violento
pero nunca se arrastra ni se humilla.

Si le cierras las puertas de tu pecho,
á este infinito amor que te he ofrecido,
está bien, callaré; ¿con qué derecho
pretendo lo que nunca he merecido?

Mas tu no quieras ultrajar los dones
del corazón que acabo de ofrecerte:
mira que hay despreciados corazones
que despiden un hálito de muerte.



A UNA RICA.

¿Juzgas acaso que en mi vida marcas
con tus desdenes horas de tristeza?
¿Te imaginas que canto á tu belleza
porque tienes tesoros en tus arcas?

Pobre niña gentil, que así te enredas
entre las mallas de altivez impura;
¡no te desprecies, vale tu hermosura
mucho más que tus míseras monedas!

Los cantos que dictó mi amante anheló
cantos del corazón, gritos del alma,
sin comprenderlos, con soberbia calma
arrojaste en pedazos por el suelo.

No soy humilde, compasión no imploro,
no me ha dañado tu sangrienta mofa;

sólo he sentido levantar mi estrofa
á una belleza con entrañas de oro.

Sabe, incauta doncella, que la diosa,
la excelsa musa que al poeta inspira
y arranca de las cuerdas de su lira
acordes de armonía cadenciosa;

la que descalza, en desnudez sublime,
suelta al aire la undosa cabellera,
corre robando aroma á la pradera,
entra en el bosque y con las auras gime;

la que empuja las aguas del torrente
formando la estruendosa catarata
y de las hebras de cristal y plata
hace brotar el íris esplendente;

se hunde en el espejo cristalino
del mar, y con el tumbo de las olas,
forma bellas y alegres barcarolas
que endulzan las tristezas del marino;

la que si empuña su clarín de guerra,
cuando su toque de combate vibra,
al oprimido de cadenas libra
y la injusticia y la opresión destierra;

la musa egregia que acaricia al vate,
ella, la que venero, la que adoro,
¡por Dios lo juro, ante un puñado de oro
jamás su altiva inspiración abate!

¡Adios! me diste merecido premio
tejiendo á mi pasión una mortaja;
guardemos..... tú, las llaves de tu caja
y yo, mis ilusiones de bohemio.

Mérida, 1894.



EL LABRADOR.

(Á MI JOVEN AMIGO CARLITOS DE OLAGUÍBEL)

¡Oh campesino, que dando al viento
en tus canciones, tu alegre acento,
unces los bueyes, aras la tierra
y en Dios poniendo tu fé sencilla,
al surco abierto das la semilla
que vida y germen fecundo encierra!

¡Sigue! que presto lejana nube
del horizonte rápida sube,
tiende sus alas; en tu tesoro
vierte la lluvia que fertiliza
y pronto brotan en tu hortaliza,
cañas esbeltas y espigas de oro.

Que la fatiga tu frente moje,
—¡al fin henchida verás la troje!—
si ese caliente sudor te baña,

dulce descanso, cena sabrosa
y las caricias de amante esposa
tu arribo esperan en la cabaña.

Pródiga ofrece naturaleza,
á tus afanes, bien y riqueza,
sigue, labriego, con tus canciones,
que como premio de tu desvelo,
cosecha fértil te dará el suelo;
sin que te hieran humillaciones.

Pero ¡ay si dejas tus heredades
por el bullicio de las ciudades!.....
Tras de la vana pompa que admiras,
se hallan cavernas y precipicios
en cuyo fondo se agitan vicios,
ingraticudes, torpes mentiras.

¡Que se disputen los cortesanos
ser favoritos de los tiranos!
¡Que en los palacios y en los salones,
en vez de gentes francas y amigas,
moren villanos que mil intrigas
urdan y vivan de adulaciones!

¡Sigue en tu grato, bello paraje!
desde la hembra de alto linaje
hasta la aldeana sencilla y pura,
irán buscando de tus jardines,
las azucenas y los jazmines,
para adornarse con su hermosura.

¡Con cuánto gusto yo trocaría
esta morada sin alegría,
de engaños viles, de gente huraña,
por esos prados que son tu hanhelo,
tu huerta hermosa, tu claro cielo
y un rinconcito de tu cabaña!

Guanajuato, 1891.



MI MORENA.

Desde la margen que al Bravo enfrena
hasta esta costa que abrasa el sol,
no hay una virgen de encantos llena
que luzca el garbo de la morena
á quien adora mi corazón.

En el teatro cuando al desgaire
el abanico batiendo está,
qué gentileza, cuánto donaire,
mi vida diera por ser el aire
que baña y besa su hermosa faz.

De oscuros rizados forma su pelo
para su frente rico dosel
y su boquita de caramelo,
es un estuche de terciopelo
que guarda perlas, perfume y miel.

En su gallardo perfil, ondea
la curva griega y en su mirar,
como una llama nace la idea
en sus ardientes ojos chispea
y brota de ellos como un raudal.

De su flexible cintura breve
arranca el busto con altivez.
¿Quién si la mira no se conmueve?
¡Si es una reina cuando se mueve
hollandando el suelo sus lindos piés!

¿Que aunque por ella suspiro y muero
con sus desdenes me hará sufrir?
¿Que no la rinde mi amor sincero?
¡Y qué me importa si yo la quiero
y con quererla soy tan feliz!

Cuando ella en blando sueño reposa,
despacio, quedo, como un ladrón
á quien el miedo turba y acosa,
á contemplarla bella y radiosa
entra mi alma por su balcón.

Sueña, disfruta, princesa mía,
tus ilusiones deja volar,
mientras mi vida pasa sombría
y tiene nubes mi fantasía
que me presagian la tempestad.

Mérida, 1894.



LAS MERIDANAS.

Á LA DISTINGUIDA SRITA. MARÍA CERVERA REJÓN.

Allá... sobre la curva
espalda gigantea
del Globo, como un manto
de transparente tul,
que al soplo de los vientos
agítase y ondea,
ante mi absorta vista
se extiende el mar azul!

¡El mar! el Prometeo
que en rudas contorsiones,
sacude las cadenas
con que lo atara Dios;
que á cunas y sepulcros
de pueblos y naciones,
saluda con el ronco
lamento de su voz.

Acá de ignotos tiempos
salvando los espacios,
rúinas gigantescas
que hablándonos están,

de reyes poderosos,
ciudades y palacios,
de pueblos que pasaron
y nunca volverán.

Acá..... la exhuberante
vegetación que encierra
esta región, que baña
el Golfo en su vaivén;
los trémulos manglares
que esmaltan esta tierra,
la inmensa alfombra verde,
que finge el henequén.

Y en el columpio blando
de la flexible hamaca,
bajo un dosel de frondas
y un cielo de turquí,
vuestro indolente cuerpo
gallardo se destaca,
luciendo los radiantes
contornos de la hurí.

¡Oh flores de los trópicos!
que abris vuestras corolas
á los candentes rayos
del sol canicular,
dormidas al arrullo
perenne de las olas
y al soplo de las brisas
que vienen de la mar.

Airosas yucatecas
de tez apiñonada,
de levantado seno
y talle cimbrador,

de oscuros grandes ojos
cuya gentil mirada,
refleja ensueños vagos
de virginal amor.

Vástagos de la raza
cuyo esplendor pregonan
las páginas de piedra
escritas en Uxmal;
¡las curvas más gallardas
en vuestro cuerpo entonan
el himno de la indígena
belleza tropical!

Aquí las horas pasan
como minutos, breves
y vuestros corazones
no aprender á sufrir,
¿por qué como ave errante,
en busca de las nieves
de mis volcanes blancos
yo tengo que partir?

Cuando al cruzar el Golfo,
la quilla del navío,
rasgue, formando espumas,
el transparente tul;
¡con qué dolor amargo
dentro del pecho mío
me iré para mi tierra
surcando el mar azul!

Mérida, 1894.
